

su grito de guerra *contra los franceses* son la expresión más digna, más fiel y más sublime del espíritu que animaba entonces á nuestros padres. Incapaz de someterse á la tiranía el que había conservado la independencia de su alma aun en medio del abatimiento general reivindicando en 1797 la memoria de Padilla después de tres siglos de ultrajes, abandonó los puntos que los franceses ocupaban y siguió á la junta central como oficial 1.º de sus oficinas, redactando las proclamas y los más célebres documentos de aquella época. No descuidó sin embargo otros trabajos literarios; y antes de terminar aquella lucha, escribió por encargo de la regencia, como secretario de la comisión nombrada al efecto, un luminoso informe sobre los medios de arreglar la instrucción pública, en el cual se espusieron ideas de gran progreso para su tiempo y que más tarde en 1822 debían llevarse á cabo. Es notable también en este género el discurso que pronunció por encargo de la dirección de estudios al instalarse la Universidad central, establecimiento que debía desaparecer á impulso de las vicisitudes políticas, en las cuales el mismo Quintana, atendidas sus ideas, no podía menos de verse envuelto.

Pero la persecución no entibió su fervor patriótico, ni su amor á la verdad. Refugiado en Estremadura en 1823, escribió sobre los sucesos de la segunda época constitucional unas cartas á lord Holland que son un precioso monumento de gusto y de corrección literaria, así como de imparcialidad, de severidad y de verdad históricas.

Esta fue la última obra importante que de la pluma de nuestro autor ha visto la luz pública. Ella y las anteriores le habían conquistado demasiados laureles para que anhelase ceñirse otros nuevos, al paso que las desgracias, las vicisitudes, los desengaños, las miserias de estos últimos cincuenta años, y los achaques inseparables de la edad, justifican bastante su silencio posterior.

Sus contemporáneos, como hemos dicho le habían decretado ya la palma de la inmortalidad. Procer, senador en varias legislaturas, director de estudios en 1835, coronado públicamente en una reunión solemne hace pocos años, vice-presidente del Consejo de Instrucción pública en los últimos tiempos, no había sociedad, ni academia que no se enorgulleciese de contarle entre sus más preclaros individuos. A las siete de la mañana del día 11 recibió la Estrema-Unión y pocas horas después exhaló, con la tranquilidad del justo, el último aliento.

Las obras que nos quedan de su pluma pertenecen á tres géneros distintos, en los cuales descolló igualmente: poesía, historia y política. Además de los escritos que hemos mencionado arriba, escribió la tragedia el *Duque de Viseo*; y tenía muy adelantadas otras tres, con los títulos de *Roger de Flor*, el *príncipe de Viana* y *Blanca de Borbon*. Todo el mundo sabe y cita también con elogio su oda á la expedición española enviada para propagar la *vacuna en América*. Entre sus obras históricas sobresalen las *Vidas de Españoles célebres*, libro que comprende las del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el príncipe de Viana, el Gran Capitán, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro, don Alvaro de Luna y Fray Bartolomé de las Casas. Escribió también una noticia histórica y literaria sobre *Cervantes*, otra sobre *Melendez Valdes* y una *introducción* para la colección que arregló de poemas castellanos.

Por último las cartas á lord Holland, sin dejar de ser una narración histórica, pueden considerarse más bien como políticas por expresar las ideas del autor en materias de gobierno y administración.

Sus escritos inéditos, según su última disposición testamentaria, no se publicarán sino después de un maduro exámen, encomendado á una comisión de eruditos y personas inteligentes.

Quintana ha dejado á la Academia de la Historia la corona de oro que en ceremonia pública ceñió sus sienes hace pocos años; á la de San Fernando el busto de Jovellanos; á la Española un ejemplar de la obra de lord Holland sobre Lope de Vega; al país su genio que no ha muerto, y sus inspirados acentos que tantas enseñanzas contienen para la juventud anhelosa de seguir sus huellas.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DOS RETRATOS.

—Yo fui, señor, dijo Borja, gran pecador desde mi niñez, y di muy mal ejemplo al mundo con mi vida.

(Fray Prudencio Sandorat).

I.

Distante pocas horas de *Placencia* (nombre cuya etimología es el verbo *placet, evat* que significa gozar, que tanta es la hermosura de aquellos parajes pintorescos y bien amados de la naturaleza), alzábase, señor de una verde campiña y frondosísimo huerto, allá por los años de Cristo 1557, un magnífico monasterio de solitarios de San Gerónimo.

Era una de esas benditas mañanas en que el color diá-

fano del cielo deja ver nuevos horizontes á la limitada vista de los mortales, mientras que la elasticidad del aire perfumado y tibio les hace escuchar mejor los augustos rumores de la soledad: una de esas mañanas, tranquilas como una dormida laguna, en que el ayer se ve claro al través de las olas de la existencia, y se penetra con la memoria en el cenagoso fondo del pasado: una de esas mañanas en que lloran los viejos, no sé si de tristeza porque recuerdan la mañana de su vida, ó de júbilo y amor á Dios al ver que viven en un mundo tan hermoso: mañanas en que aman mas los pechos enamorados, y creen mas los corazones fieles al Altísimo, y lloran insensiblemente los tristes y desamados, y se encuentran mas solos los huérfanos y los peregrinos: mañanas en que el corazón del hombre se dilata al par del cielo y de la tierra, y vienen al alma mas vivos y melancólicos que nunca los recuerdos de los seres queridos que nos arrebató la muerte.

Tal fue aquella mañana, pasada hace ya tres siglos.

A eso de las once brillaba el sol tan alegremente sobre la fachada del convento, cantaban los gorriones con tan dulce tranquilidad, parecía, en fin, tan feliz todo lo criado, que nadie hubiera pasado por aquellos lugares sin enviar la existencia pacífica de los padres Gerónimos y sentir un vago deseo de abandonar para siempre las cosas del mundo, tan agitadas y revueltas en aquel entonces.

Tales debían ser los pensamientos de dos personajes que, asomados á una ventana del tercio del Mediodía del edificio, llevaban media hora de no hablar una palabra, sumergidos como estaban en la contemplación de aquella sosegada y deliciosa campiña.

Ninguno de estos dos personajes vestía el hábito de la Orden Gerónima, á pesar de hallarse en una celda del monasterio. Uno de ellos llevaba el traje negro talar que aun usan nuestros sacerdotes; y el otro una humilde ropilla negra, sin mas espuela, ni mas armas, ni otra distinción que pudiera dar á conocer su condición en el mundo.

El eclesiástico tenía cuarenta y seis años, pero aparentaba muchos mas. No imaginéis su cabeza según el toscó tipo de frailes ó guerreros que nos ha legado aquella generación: era una cabeza fina, trabajada por una existencia varia y azarosa, pulimentada por el dolor, iluminada por la reflexión y el estudio: una cabeza amarillada, medio calva y medio cana, surcada de hondas arrugas y cruzada por grandes rasgos prominentes que indicaban fortaleza y magnanimidad, á tal punto que podían pasar á los ojos de quien conociera la vida de aquel hombre, por las tirantes bridas conque su voluntad tenía á raya sus pasiones.

El seglar era á los cincuenta y seis años un hombre decrepito, pero no un anciano. Su elevada estatura se encorvaba ya hácia la tierra, tanto por un ligero vicio de conformación como agoviada por largos días de rudos trabajos: conocíase á primera vista que sobre aquellos robustos hombros había pesado un mundo material, así como sobre la frente del otro un mundo de pensamientos. Este caballero de tan humilde apariencia, tenía esa mirada dura y fija peculiar de las águilas y de ciertas razas identificadas con la superioridad por la costumbre de ejercerla. Su barba gris, de corte cuadrado, ocultaba una boca sin dientes, hundida por esta causa y por la rara configuración de las mandíbulas: su cabeza, calva y pedrada á punta de tijera, ofrecía una depresión muy de notar por lo nada común en aquel siglo que aun conservaba la tradición del tipo español: aquel hombre parecía extranjero.

Hemos dicho que estos dos personajes llevaban media hora de silencio y meditación en la ventana del convento.

Hacia mucho rato que el de la ropilla negra seguía con la vista á un águila que había recorrido todo el horizonte, dominado todas las alturas é invadido mas de una vez regiones del aire á que apenas alcanzaba la vista del hombre. Cuando la reina de las aves hubo al fin trasmontado la última cumbre y desaparecido hácia otro horizonte, el que la había estado observando dió un suspiro, como quien termina una penosa tarea, y dijo á su compañero.

—Creo, hermano Francisco, que moriré pronto.

—Señor... murmuró el otro, no sin estremecerse.

—No hay mas señor que el de cielo y tierra, interrumpió el de la barba gris. ¡Llamadme hermano!—¡Ay! continuó sin dar tiempo á que el clérigo le replicara; ¡qué pequeño me ví el día que abandoné el mundo de los hombres! ¿Te acuerdas de 1542?

—Me acuerdo, respondió el padre Francisco.

—Estábamos en Monzon y marchábamos al socorro de Perpignan... ¡Hace quince años! Tú y yo, vestidos de hierro, llenos de juventud y de energía, sonábamos con la gloria de la tierra... Mi nombre atronaba el universo: mi fama domó todas las eminencias como ese águila que acaba de desaparecer por el Mediodía... pero nunca se remontó hácia el cielo tan alto como ella...

—¡Oh, Carlos! ¡Qué grande sois en este momento á los ojos de la eterna sabiduría!

Carlos sonrió melancólicamente.

—Nadie en el mundo sabrá nunca las causas de mi reclusión. Mentirá la historia una vez mas, y yo volveré á ser polvo como aquella que me dejó para siempre...

¿Te acuerdas de Isabel?

Francisco palideció al escuchar este nombre.

Entre tanto, Carlos murmuraba ya otro en el fondo de su corazón, como retumba alterado en la oscuridad de una gruta el eco de una queja lanzada desde un valle...

—Era el Viernes Santo, prosiguió Carlos, como si hablara solo. Había yo vuelto victorioso de Italia y acababa de perder á Argel. Paseábame por una calle de ci-preses del Monasterio de la Mejorada... Yo creo que Dios se me apareció aquel día como á San Pablo, diciéndome: ¡Carole! ¡Carole! ¿quid me persequeris? Ayuné hasta la noche, y lloré... Cuando volví á mi alojamiento, aun pesaba la mano de Dios sobre mi corazón, que desde entonces late tranquilo. Había formado la resolución de retirarme á un convento.

En este instante dieron las doce en cinco relojes que había en la celda; los broncos sonaron á un tiempo con una regularidad pasmosa.

No obstante, Carlos miró las muestras con un gesto de disgusto.

—¡Nunca, dijo, las pondré en perfecto acuerdo! Así van las cosas de los hombres. Sentémonos, Francisco, y dime el objeto de tu visita. Hablemos de tí. ¿De dónde vienes?

—De Roma.

—¿Qué te ha dicho el Santo Padre?

—He vuelto á rehusar el capelo, pero he obtenido de Su Santidad cuanto deseaba en favor de la *COMPANIA*. Si Dios ayuda á nuestros herederos, habremos logrado lo que vos intentáis inútilmente.

—¿Qué?

—¡Poner de acuerdo dos cosas; el cielo con la tierra!—Loyola será canonizado.

—Y tú también, Francisco.

—Yo no... Yo fui, señor, gran pecador desde mi niñez, y di muy mal ejemplo al mundo con mi vida (1); y si vengo á vos desde tan lejos, es porque para acallar los gritos de mi conciencia necesito que me perdoneis.

Y el clérigo se arrodilló humildemente delante del caballero.

Este le alzó, estrechóle en sus brazos, y le dijo con dulzura.

—Habla, Francisco: desde el claustro se perdona todo, porque todo se comprende. Así me perdone Dios errores míos que ni yo acierto á comprender.

Y el nombre que retumbaba en su corazón llegó á estremecer sus labios, que no lo pronunciaron.

Francisco habló de esta manera.

II.

—Sabeis, señor, la historia de mi desafortunada juventud. Primogénito de una de las más principales casas de España, y nieto, como vos, de Fernando V el *Católico*; criado en la corte al lado de vuestra augusta hermana Catalina, como su paje de honor; halagado por la suerte, vencedor en los combates; bien mirado de las damas; mi soberbia creció con mis años y á tal punto, que cuando apenas tenía uso de razón, á la edad de diez y seis años... ¡Ay, insensato! había olvidado á Dios.

La vida de la tierra se me ofrecía tan agradable y tentadora, que reduje á ella las miras de mi espíritu; mas pronto toqué la vanidad y la amargura de los placeres mundanales y halléme sin cielo ni tierra, perdido en el vacío de mis desengaños, joven y robusto como el primer hombre, pero mas desgraciado que él, puesto que había perdido dos paraísos, el terrenal y el eterno, sin que me quedaran para consuelo el trabajo, la ignorancia, la curiosidad y una compañera del corazón. ¡Ay! mi tristeza no tenía límites. Mi alma me pedía alimento á grandes gritos, y yo no tenía alimento que darla.

El ocio, el hastío, el cansancio, la duda, corroyeron las fibras de mi corazón, que se quedó aislado y huérfano en medio de mi pecho como una isla desierta en medio de los mares.

Nacido al amor y la caridad, sin objeto á que consagrar mi ternura, no bastante desgraciado todavía para conocer que solo en Dios podía hallar el descanso y la nutrición de mi espíritu, buscaba en vano por la tierra alguna cosa digna de mi amor, de mi respeto, de mi fe, de mi religión... Perdonadme, César!... Todo esto lo encontré en vuestra esposa.

Carlos arrugó la frente al oír estas palabras.

El jesuita hundió la suya y besó la mano al caballero.

—Continuad, padre, dijo este con la voz demudada.

—¡Oh, qué penosa confesión... y cómo la necesitaba mi conciencia! Pero tranquilízaoos, señor... La emperatriz nos oye desde el cielo.

Carlos V suspiró; pasóse las manos por la frente y aun por sus labios como para apagar una pregunta. Pero, al fin, aquel carácter impetuoso no pudo dominarse por mas tiempo, y dió salida á estas palabras entrecortadas y terribles.

—¿Qué sabeis de mi hermana Margarita?

San Francisco de Borja, pues así se llama hoy aquel jesuita, miró fijamente al emperador sin lograr hacerle abatir los párpados.

—Señor, exclamó en seguida: ¿pregunta V. M. al confesor, ó al hombre?

(1) Histórico.